

¿Cómo citar este artículo?

Apellidos, Nombre (del autor del texto elegido) (2011). "Texto" (del artículo), en Giménez Rodríguez, S.; García Manso, A. y Díaz Cano, E. *Innovaciones en la sociedad del riesgo*. Toledo: ACMS, pp. (de inicio y final del artículo elegido).

Con permiso de todos. Pensar la sociedad del riesgo y del control.

José-Luis Anta.

Universidad de Jaén.

Resumen

En este trabajo me propongo ir de la mano de Ulrich Beck para nos adentrarme en la sociedad del riesgo, como forma de reflexionar el mundo contemporáneo en que vivimos. Según él nuestra sociedad tiene tres caras que la definen, por un lado la idea de vivir en una sociedad del riesgo, por otro la forzosa implosión a ser individuales y asumir como natural la desigualdad social y, tercero, observar que todo es parte de una modernidad flexible y con unos contornos que se escapan de toda mirada directa. Para Beck esta sociedad se basa en la gestión y administración del riesgo, en la medida que mientras que la sociedad clásica industrial intentaba dominar la naturaleza, en cuanto que objeto externo, la sociedad contemporánea trata de crear un mundo donde domine los problemas que ella misma crea. En este sentido la crisis actual es algo fabricado por la propia sociedad del riesgo, como paliativo del problema creado por su intento, revolucionario, de dominar el mercado mundial bajo un único modelo (la globalización). Pero también hay algo de imprevisto, las crisis no están en las agendas de nadie, aunque cuando aparecen son parte del pago que las conquistas sociales tienen que abonar. De hecho, una de las cosas más interesantes del cambio de la sociedad industrial a esta en red es que no es producto de una revolución violenta, ni acaso el triunfo de la democracia de corte liberal, sino como parte de un ejercicio de azar,

desgaste de las políticas totalitarias, descuido de los mercados y reubicación de los procesos productivos y de maquilación. De esta manera siempre se había entendido la modernidad como un mundo democrático, relativamente feliz, culto, urbanita e industrial, donde los peligros, fueran cuales fueran, eran consecuencias que acompañaban inevitablemente a los avances en ese proceso de irrevocable e imparable industrialización universal. En esta segunda modernidad, sin embargo, el peligro del riesgo pasa de ser una consecuencia secundaria de aquello que es imprevisto a convertirse en elemento central del desarrollo social. El riesgo es, de esta manera, un ejercicio de planificación tecnológica y un cálculo científico y se ve, claro está, como algo positivo y algo realmente central. Se entenderá, consecuentemente, por qué las agencias e instituciones encargadas de gestionar el riesgo han crecido de manera espectacular y las antiguas instituciones del Estado no son, en este momento, sino sistemas apelativos que se ven o como un lastre (léase la sanidad pública) o como ineficaces (véase el sistema policial o la escuela).

I

Avisados de que existía una nueva sociedad, los sociólogos de los años 80 empezaron desde diferentes puntos de vista, a dar cuenta de sus características, proporciones y forma, pero, a su vez, cambiaban la manera de hacer sociología para poder abordar esta nueva sociedad. Nunca, tanto como entonces, la idea de Adorno de que las ciencias sociales lanzan una red que invariablemente termina por incluirles en la propia pesca, la intención, el método, la teoría y la praxis parecían estar en la misma línea del horizonte. En pleno auge de la postmodernidad nadie parecía querer liderar el movimiento y sus grandes teóricos se desligaban o, lo que era más común, negaban pertenecer a ninguna forma general de pensar. Negación que se argumentaban aludiendo a que se trataba de un movimiento, generalizado como la postmodernidad, con un pensamiento blando, apolítico y discursivo que, aún pareciendo mucho a la sociedad del momento, no tenía mucho que ver con ellos. Incluso aquellos que habían desarrollado, definido y concretado sus ligeras fronteras, caso de Lyotard, no dejaban de

afirmar que lo suyo no era adhesión sino descripción. Que interesante momento, sin duda. Mientras que la nueva sociedad se había convertido a la imagen de su propio ideario sociológico, como si un Dios se tratara la sociología parecía haber encontrado una sociedad construida por ella misma, un ideario de teorías políticas, sociales y económicas que demostraban la fuerza de un pensamiento tan atractivo como débil. En este mismo contexto, a la par que la postmodernidad parecía morir la propia teoría de las ciencias sociales se hacía especialmente fuerte. Una fortaleza que tiene algo de esa artificialidad creada por los sistemas políticos-económicos y que parecía, una vez más, desarrollada por la propia inferencia de lo social.

Para cuando todo se puede dar por terminado, en la segunda mitad de los años 90 del anterior siglo, un grupo de pensadores se han situado en el centro del discurso de lo social: Beck, Giddens, Lash, Castells o Bawman, los cuales se han subido a lomos de un grupo de intelectuales franceses que desde los años 60 hasta bien entrados los 80 han sentado las bases del pensamiento ulterior, un grupo heterogéneo y complejo que va desde Foucault y Cristeva a Bourdieu y Derrida. En cualquier caso y fuera cómo fuera o lo pensara quién lo pensara la realidad es que se estaba dando un cambio profundo en nuestra manera de ver las cosas tanto y tan complejo como estaba siendo vivido. Este cambio tenía que ver con el paso de una sociedad industrial a otra de tipo reflexividad, donde el conjunto de las normas y procesos sociales que caracterizaban la modernidad, más o menos lineal y que tenían algún tipo de racionalidad, dando lugar a un mundo de causas-efecto, da lugar a una sociedad que lleva una forma específica de llevar un cierto control desde la política sobre lo social, lo económico y lo cultural. En cierta medida es obvio que la modernidad, de manos de ese grupo que forman los burgueses, tenía entre sus planteamientos básicos el acabar con el orden feudal y, por ende, hacerse con la tradición para transformarla en su propio beneficio. Ya el propio Marx había avisado de ello, cuando nos avisa que el orden del capitalismo era poner a los individuos en vinculación con las ideas de clase, nación y familia. Según él Marx y Engels las ideas de ese primer capitalismo se basaban en una idea

de constante de revolución burguesa, en que sólo existe un mundo posible, el que cambia permanentemente en pos de la acumulación de capital. En palabras de ellos en el Manifiesto del Partido Comunista: "La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales. [...] Todo lo estamental y estable se evapora; todo lo sagrado es profanado y los hombres, al fin, se ven forzados a contemplar con ojos desapasionados su posición frente a la vida, sus relaciones mutuas". Se sentaban, de esta manera, las bases epistemológicas con las que entender ese primer capitalismo y que tenía como gran discurso la modernidad como promesa, utopía y fin.

En efecto, el Estado y las empresas privadas durante los dos últimos siglos han planteado lo social como una revolución, con un sentido de clase, y que se ejercita como el momento cero de la política, en cierta medida como el momento de lo posible y que les ha servido como el marco de la negociación con el que se ha creado una cierta idea de conquista, casi violenta, de lo que es simplemente una realidad. Todo esto lo he planteado como parte de un mundo que tiene como principal juego el dejar de lado a parte de los sujetos que usa. De esta manera, podemos entender que se da una cierta idea de la sectorización de la realidad económica, política y social, por un lado tenemos al Estado, con sus intereses basados en el control, tanto policial cuanto más jurídico, por otro tenemos el mundo empresarial, basado en la acumulación de capital, económico de manera general y simbólico en lo particular, y, por último, un sector social que se sitúa permanente en la idea de precariedad.

Podría pensarse que la idea de crisis es la causa de esta revolución permanente de los grupos sociales que promueven la gestión del capital y la mediación del Estado. Muy por el contrario la crisis, y en especial las de orden socio-económico, nace de la idea de ajustar, de situar la ruina que rodea a todo cambio. La realidad de la revolución es que no es evidente, no se hace patente, acaso en ciertos momentos de cierta violencia, pero en realidad los cambios no se producen sino en una idea de que "todo cambia y

cambia". Sin embargo la crisis es el momento del "parón", el reajuste y la inversión de los elementos revolucionarios. De hecho las crisis han revelado básicamente que el mundo laboral de los individuos, en ese cambio que se dio desde los años 80 desde el modelo fordista de obrero en una fábrica-empresa al postfordista de empleado precario en una red, se sitúa en la amenaza, la precariedad y la indefensión, con la consiguiente pérdida de derechos, intermitencia, realización de trabajos no remunerados (becarios y personal en prácticas), la movilidad sin producción y la vulnerabilidad vital. Se da, por consiguiente, un desafío para los sindicatos, que no encuentran que el contrato, su principal reivindicación, sea determinante y una clara contraposición entre el modo de producción y los asalariados. Así la crisis, esta crisis, ha revelado que en definitiva de lo que hablamos no es sólo de trabajos en precario, sino, ante todo, de vidas en precario.

Ha sido Ulrich Beck uno de los autores que más esfuerzo han hecho en los últimos años para entender todo esto, quien ha mostrado que nuestra sociedad tiene tres caras que la definen, por un lado la idea de vivir en una sociedad del riesgo, por otro la forzosa implosión a ser individuales y asumir como natural la desigualdad social y, tercero, observar que todo es parte de una modernidad flexible y con unos contornos que se escapan de toda mirada directa. Para él esta sociedad se basa en la gestión y administración del riesgo, en la medida que mientras que la sociedad clásica industrial intentaba dominar la naturaleza, en cuanto que objeto externo, la sociedad contemporánea trata de crear un mundo donde domine los problemas que ella misma crea. En este sentido la crisis actual es algo fabricado por la propia sociedad del riesgo, como paliativo del problema creado por su intento, revolucionario, de dominar el mercado mundial bajo un único modelo (la globalización). Pero también hay algo de imprevisto, las crisis no están en las agendas de nadie, aunque cuando aparecen son parte del pago que las conquistas sociales tienen que abonar. De hecho, una de las cosas más interesantes del cambio de la sociedad industrial a esta en red es que no es producto de una revolución violenta, ni acaso el triunfo de la democracia de corte liberal, sino como parte de un ejercicio de azar,

desgaste de las políticas totalitarias, descuido de los mercados y reubicación de los procesos productivos y de maquilación.

De esta manera siempre se había entendido la modernidad como un mundo democrático, relativamente feliz, culto, urbanita e industrial, donde los peligros, fueran cuales fueran, eran consecuencias que acompañaban inevitablemente a los avances en ese proceso de irrevocable e imparable industrialización universal. En esta segunda modernidad, sin embargo, el peligro del riesgo pasa de ser una consecuencia secundaria de aquello que es imprevisto a convertirse en elemento central del desarrollo social. El riesgo es, de esta manera, un ejercicio de planificación tecnológica y un cálculo científico y se ve, claro está, como algo positivo y algo realmente central. Se entenderá, consecuentemente, por qué las agencias e instituciones encargadas de gestionar el riesgo han crecido de manera espectacular y las antiguas instituciones del Estado no son, en este momento, sino sistemas apelativos que se ven o como un lastre (léase la sanidad pública) o como ineficaces (véase el sistema policial o la escuela). Lo interesante es que a la vez que las "antiguas" instituciones prestadoras de los servicios, que se ofertaban en el marco de la sociedad del bienestar, o en cualquier caso por instituciones públicas, se debilitaban o desaparecían, su puesto, misión y conceptualización se veía ocupado por una empresa de carácter privado que terminaban por corporalizar toda realidad social bajo su modelo empresarial, lo que significó y significa que el trabajador ya no tenía las mismas prestaciones que circularizaron el modelo del bienestar, y que aplicaron su lógica de mercado, de empresa y de competencia, en definitiva, abrieron el mundo a la precariedad. En esta época conocida como "reflexiva" los criterios de investigación, y repito que son también categorías de la praxis, se entienden en la idea de la sociedad del riesgo, la individualidad, la globalización multidimensional, la *subpolítica* y la pérdida de los referentes nacionales a favor del cosmopolitismo.

II

Ulrich Beck¹ ha sido, por encima de otros pensadores de su generación, la voz de un cierto oráculo en las ciencias sociales de los últimos 20 años; y

no es que falten muchos otros de mucha calidad si no que él ha sabido unir, de alguna manera una férrea voluntad crítica a un rigor en su pensamiento que pocos han sabido mantener. De hecho no tiene ningún reparo en afirmar que: "La situación intelectual es desoladora. Los muros fronterizos que se levantaron para durar eternamente se están desmoronando [...]. Y ¿qué hacen actualmente los intelectuales? Los intelectuales han dejado de pensar. Los teóricos de la posmodernidad, del neoliberalismo y de la teoría de los sistemas (Luhmann), por ejemplo, que por cierto se contradicen en todo, anuncian a golpe de trompeta, sentados en el butacón de su despacho, el fin de la política. Y todos siguen este dictado. Todos, pero no la realidad. Es algo verdaderamente paradójico: darían ganas de echarse a reír si no fuera tan grave. Este enamoramiento de los propios límites mentales, que pretende encima imponerse teóricamente y erigirse en guardián de la verdadera ciencia, es algo que me saca de quicio y me deja sin voz al mismo tiempo [...]. Entretanto, yo sigo en pos de mi objetivo, maravillosamente inalcanzable: pensar de nuevo la sociedad" (Beck, 2000).

Es importante reconocer esta actitud porque marca, cuando menos, dos cosas, que han de definir de alguna manera todo el trabajo de Beck, por un lado su permanente crítica a todo y a todos y su distanciamiento con respecto a la sociología más oficialista, que estaba claramente en una actitud de cierto de divismo política.

Al plantear que se mantiene una posición crítica y radical, primero, hacia los propios investigadores y, luego, a las condiciones sociales actuales, haciéndolo, además, con el arma del pensamiento se está proponiendo que un cierto pesimismo inunda la realidad. Beck, y esto es lo que le hace tan interesante, no niega que el discurso actual es una narrativa construida con una intencionalidad, lejos de una realidad que podría ser otra. Por ejemplo, él no niega la evidencia tan característica de las posiciones de las ciencias sociales más ortodoxas, y por ende con una pátina de izquierda revolucionaria, cuando reconoce que el problema de los derechos humanos es de un orden en su estado, más que de posición: "los derechos humanos sólo pueden ser garantizados de manera sustentable si

se crean mecanismos internacionales para impedir que los mismos Estados, que deberían garantizar los derechos de sus propios ciudadanos, los violen. Por eso es necesario el establecimiento de mecanismos de intervención militar que representen verdaderamente a la comunidad mundial” (Beck, 2006).

Este doble juego entre diferenciar realidad y verdad ha sido parte de una estrategia de investigación que le ha permitido pensar la difícil relación que existe entre diferentes elementos, ya sea por su tamaño (lo local/lo global), ya sea por su episteme (cosmopolitismo/individualismo), ya sea por su teoría (la historia/el cambio). Nos encontramos con un científico social total, una violencia del pensamiento que de manera tozuda lucha contra una manera de hacer, pero también de vivir, que está al servicio de un ideal económico neoliberal.

En efecto, no se podría entender el pensamiento de Beck si no es en esa contraposición que se ha creado con las maneras neo-liberales de Estados Unidos y las enormes posibilidades que ofrece el modelo Europeo. De hecho, él lo hace tanto como parte de una epistemología, cuanto en una creencia en que Europa significa la oportunidad de un modelo cosmopolita que sirva de contraposición a los modelos mesiánicos nacionalistas o los económico paternalistas del neo-liberalismo. Él entiende que en cierta medida Europa es un laboratorio magnífico para pensar el mundo, a la vez que lo contrapone radicalmente con las maneras más anglosajonas de hacer del mundo un enorme mercado. Aún así, él reconoce que todo puede ser revertido de alguna manera y que la crítica en un pensador tiene que ser constante, y en este sentido me parece muy revelador este tipo de pensamiento sin más artificio que el de mostrar las muchas caras de un mismo problema:

“Hay que reconocerlo con tristeza: esta concepción neoliberal que complace a EEUU, que comprende la cicatería del Estado por un lado y por otro la trinidad de desregulación, liberalización y privatización, ha vuelto al país vulnerable a los ataques terroristas. En este sentido las terribles imágenes de Nueva York contienen el mensaje que también ha

sido captado en los EEUU: un país puede suicidarse por exceso de neoliberalización. Entretanto, la seguridad aérea ha sido estatalizada y convertida consecuentemente en un servicio público. [...] No sólo en América, también en Europa se escuchan cada vez más voces solicitando la vuelta del Estado. Sobre todo en Gran Bretaña, que ha experimentado un auténtico desastre con la privatización de los ferrocarriles. Como tras esa experiencia ha quedado claro que posiblemente privatización y modernización sean conceptos opuestos, cada vez se plantea más la idea del Estado activante. Este Estado permite una nueva definición del trabajo que comprende actividades públicas y útiles para la comunidad y que se desempeñan tanto dentro como fuera del sector público estatal" (Beck, 2002)

Qué es lo que está en juego para que un pensador como Beck, aunque la pregunta es pertinente a cualquier nivel, para que muestre esta radicalidad contra sus compañeros, sus temas y las formas de hacer del mundo actual. Pues, cuando menos, obviamente dos cosas claras, una forma de pensamiento que parecía obviar la realidad y que algunos pensadores tratan de recuperar y, dos, las posibilidades de un mundo, este, que tiene, o al menos así debería, que ser pensado desde una posición crítica y activa. Por eso mismo creo que en el fondo, y no es algo que venga a tratar aquí ahora, la cuestión es que Beck representa en cierta medida un continuador de Marx, un adaptador de las obras clásicas de Marx a una sociedad diferente, radicalmente diferente y que sin embargo, en su paradoja, no había pensado a Marx como eje, no de la economía política, sino del pensamiento cosmopolita. Podríamos decir que Ulrich Beck es el más Alemán de los filósofos de nuestro tiempo y el más anglosajón de nuestros sociólogos. Porque lejos de negar el valor de una u otra disciplina, lo que hace es traerlas a su redil del pensamiento violento y exagerado. Y así, el ciclo teórico que Beck ha enunciado paulatinamente como sociología del riesgo, modernización reflexiva y realismo cosmopolita se diría que reclama el lugar de la teoría crítica de la Escuela de Francfort (Hernández i Dobon, 2010).

III

En 1986 entró en la escena internacional con su libro *La sociedad del Riesgo*, un texto muy complejo que los críticos vieron más como una trilogía y un cierto tono de ensayo que como una obra terminada (Leiss, 1997). y sin duda su apariencia a los trabajos sobre el poder, la economía y la naturaleza de lo social de Marx, incluso con las referencias directas a los títulos del *Capital*, no fueron la mejor carta de presentación de una época que vivía la postmodernidad, y consecuentemente el desencanto de lo que se proponía desde la filosofía decimonónica. Pero aún así el libro fue todo un *boom* a varios niveles, entre los que se encuentra su venta como best-seller intelectual. Y en efecto el libro se estructura como tres libros diferentes, una descripción de la sociedad del riesgo, un segundo capítulo sobre la individualidad y la idea de desigualdad y un último en que trata la idea de la modernidad reflexiva, todos ellos se unen, a su vez en la idea de que la sociedad había cambiado profundamente desde una primera modernidad a otra (cosa) nueva. Los contornos de lo que él estaba proponiendo estaban en referencia directa a los *items* que se manejaban en la agenda sociológica del momento, así como su forma de tratarlos, la novedad es que lo hacía en su aparente renovación de la crítica y, sobre todo, porque lo hacía fuera del tono humanista institucional, como correspondía a la postmodernidad, y se planteaba una revisión de corte más naturista y post-estructural. El *cambio*, por lo tanto, era una importante idea, porque podía permitirle entender el riesgo, y el consiguiente control, como un elemento real y no tanto como una única verdad eclíptica a lo Giddens u organicista a lo Luhmann². En Beck el riesgo es un producto, cultural si, se quiere ver así, pero también una forma de reflexión: "Vivimos una situación en la que es cada vez más difícil separar estas dos esferas. Por ejemplo, la catástrofe climática. Hay algo de natural, pero lo interpretamos como algo producido por el ser humano. Es pues una naturaleza industrializada, que nos obliga a tratar de una forma nueva este fenómeno exigiendo responsabilidades. La sociedad del riesgo tiene una curiosa reflexividad. Los riesgos, de hecho, son un modo de reflexionar acerca de las futuras consecuencias. Cuanto más pensamos acerca de ellas, tanto más podemos ver que realmente no

tenemos el control sobre estas consecuencias. Hecho que nos obliga a concebir una nueva política" (Magallón, 2008).

La sociedad industrial, la primera modernidad, que habíamos heredado del siglo XIX, y que se había hecho tan común y "clásica" hasta el punto de que no se podía reconocer prácticamente otra cosa, más a más después de verse reforzada tras la Segunda Guerra Mundial, se basaba en un permanente intento de dominar la naturaleza, de someterla a los dictados de la cultura industrial-capitalista en la medida que era su opuesto. Por el contrario la nueva sociedad reflexiva en que parecíamos vivir lo que intentaba dominar era, sobre todo, a sí misma y en concreto paliar los constantes problemas que creaba. La primera modernidad no es que fuera ajena a la idea de riesgo, incluso la idea de peligro era casi una constante, pero se tomaba como una serie de imponderables consustanciales a la propia idea de progreso industrial, de hecho, en cierta medida la propia ciencia se basaba en parte de calcular el riesgo como algo inevitable. Sin embargo para la modernidad reflexiva el peligro se convierte en riesgo y este no es una consecuencia sino parte central de la propia idea de modernidad y, consecuentemente, se convierte en algo que se tiene que tener en el núcleo duro del discurso. Tanto en el territorio de la política, de la economía o de la ciencia estadística, llevada de lo supra-racional, la reflexividad, el riesgo es una idea primaria y la sociedad lo asume como parte de su mundo, frente a aquel otro que tenía, por lo menos en apariencia, muchas ventajas pero que el riesgo era algo "negado". De esta manera, se plantea una nueva sociedad, la que se basa en el cálculo, intercambio y fabricación de un hecho social conocido como "riesgo" y que lejos de ser algo que ha aparecido como parte de una revolución o simplemente por un ejercicio de azar social, se basa en una despiadada manera de pensar nacida del cálculo frío y distante de las cifras de lo social. Consecuentemente, el riesgo no sólo era un vocablo más de la ciencia sociológica, sino sobre todo un nuevo y planificado elemento que habría de definirnos.

Porque a diferencia de lo que somos, o creemos ser, el riesgo no se define, sino que se conceptualiza según el ejercicio social así lo necesite y consecuentemente, es riesgo todo aquello que está en los cálculos determinados (el calculo del riesgo) e interesados según unas necesidades dadas. De esta manera al plantear que el riesgo es algo relativamente tenue y débil se puede utilizar según haga falta, adaptándose a alta velocidad a esos intereses; pero a la vez permite mantener en una cierta invisibilidad lo que es riesgo y lo que no lo es. El riesgo es, por lo tanto, un elemento difícil de definir por escurridizo e invisible (Taylor-Gooby; Zinn, 2006) un elemento que tiene que ver con los límites de la información, de las maneras de plantear desde las formas de hacer ciencia, hasta de cómo trabaja el sistema político o que es exactamente el funcionamiento económico de las grandes corporaciones. Piensen en el terrorismo, es un riesgo, sin duda, pero cómo opera en la sociedad del riesgo, pues como algo oculto y donde todo parece que es desinformación y ocultamiento: pero ¿se oculta el terrorista o el posible riesgo que esto supone? De la misma manera podríamos pensar en la industria química: ¿qué es toxico o qué no lo es?, pues no lo sabemos, depende de una serie de cuestiones sociales, industriales, científicas y económicas que están en un permanente ocultamiento. La sociedad del riesgo se basa, consecuentemente, en entender que el riesgo es cierto y verdadero, un hecho social que es preocupación central del discurso de cualquier sociedad actual pero que a su vez el sistema hace todo lo que está en su mano, de manera económica, política y legislativa, para que el riesgo sea parte de un permanente ocultamiento. Vivimos en una sociedad que produce tanto riesgo como cualquier otra cosa, no es que sea algo inevitable, es que fabricamos riesgo como uno de los principales productos industriales. Y es así porque lejos de prever el riesgo y eliminarlo como variable, lo que hacemos es vivir con él, en cierta medida ocultándolo, por una razón primaria: el riesgo es un producto muy beneficioso, socialmente y económicamente. En este contexto es importante, por lo que nos atañe, la enorme colaboración que a esta sociedad del riesgo ha hecho la ciencia y, concretamente, todos aquellos que están en el carro de la ciencia aplicada o aplicacionista. Porque lejos de

mantener una actitud abierta y crítica se han planteado como gestores, cuando no generadores, del propio riesgo, cumpliendo, además con el difícil papel de utilizar sus sistema de autoridad para ser los legitimadores de la falta de una definición, de establecer los marcos, las fronteras y las consecuencias y de servir comparte activa de los discursos de ocultamiento y despiste. Porque si observamos mucho de lo que hoy llamamos contaminación, piense en el riesgo que supone la industria atómica, por ejemplo, o los enormes problemas creados con las variedades agrícolas industriales de carácter transgénico, que son parte de las cosas que hace la ciencia, que legitima cierta actitud y que en líneas generales ocultan y travisten los datos en pos de la industria y las políticas del "riesgo" (Daniell, 2000).

La sociedad del riesgo se basa, por otro lado, en que es de las pocas cosas sociales que ocupan el espectro social a todos los niveles, y el riesgo no respeta ni la idea de clase social, ni de nacionalidad, ni de genero o etnia. El riesgo, aunque es obvio, que afecta de manera más directa a los países, comunidades o gentes con menos recursos, termina por ser también una amenaza que tiene el perverso sistema de igualar a todos sin atender a las economías o los niveles culturales: ya sea porque las consecuencias son directas, como cuando se producen grandes catástrofes medioambientales, ya sea porque las consecuencias son indirectas. Pensaba como al final la guerra del terrorismo, como estrategia mundial de una serie de grupos étnico-religiosos, y que dio lugar al golpe en el *World Trade Center* el 11 de Septiembre de 2001, repercutió en una guerra en Irak y Pakistán que ha terminado por establecer que el modelo económico neoliberal a defender y el político en forma de democracia que se tiene que propagar no es más que la universalización del riesgo. Nunca tanto como ahora el riesgo de perder el trabajo, morir en la carretera o quedarse sin ahorros es algo que afecta a tanta gente por igual, sin que casi podamos crear unos perfiles predeterminados. Pero es más, este igualitarismo del riesgo lejos de ponernos en el punto de mira de que es algo realmente planeado, sirve como excusa para afianzar las ideas al respecto de que el riesgo tiene que ser ocultado y gestionado políticamente.

De la misma manera, la lógica de la sociedad del riesgo es que la solución es siempre de carácter económico, lo que refuerza y obliga a los grupos a entrar en una rueda de riesgo-economía, y lejos de permitir que el riesgo sea solucionado en la medida que es un efecto, se propone como causa. Cuando en nuestra sociedad se piensa en los vertidos industriales se hace, como ocurre en general con el ideal ecológico, como parte de un sistema continuo y la solución es evitar el riesgo por medio del reciclaje y la reutilización, sin darnos cuenta que el riesgo es la propia producción del residuo³ Pero al aplicarse una lógica económica al asunto se planea que el riesgo es sólo una consecuencia de una mala política. No sólo ocurre cuando pensamos en situaciones desfavorecidas, sino en todas las situaciones, de esta manera al pensar en que la solución es económica, o más bien sólo económica, se generan más y más riesgos. De hecho son las sociedades con más sistemas de control económico de los riesgos los que tienen más riesgo de que ese control no funcione y consecuentemente los que tienen más capacidad para que las vidas se den en muchos casos en una cierta precariedad. Pasa algo parecido cuando a las situaciones de violencia social se aplican efectos de orden económico, al final los sitios con más riesgo son aquellos que han aplicado sistemas económicos de seguridad, ya sea oficializada o mercenaria. Todo al final parece que en esta sociedad de modernidades reflexivas se encamina a crear grandes gastos energéticos con los que paliar los problemas que generan los sistemas de gestión del riesgo. Y ocurre a todos los niveles. De una manera local, cuando observamos que al poner en las carreteras sistemas de seguridad basado en vallas biondas, los famosos quita-miedos, se convierten en una trampa mortal para los motoristas y cuando se trata de solucionar, con unos elementos impostados a la valla y que prevén lo que pueda ocurrir, termina por generar una serie de residuos tóxicos de difícil y costosa solución. Igual que a un nivel global todo parece que se ha convertido en un riesgo, desde la emigración a los sistemas alimentarios, las formas políticas o simplemente la generación de la guerra. Pero si en la sociedad industrial más tradicional la conciencia de los individuos estaba en relación a sus trasuntos económicos, y políticos en menor medida, ahora este está

definido por la idea que tiene en función de una cierta sociedad del riesgo (Tulloch; Lupton, 2005). Somos, podría formularse, en la medida que estamos creados a una cierta idea del riesgo y los grupos sociales son hoy, lejos de poder verse como conjunto de clase, conglomerados de vocaciones de riesgo. El miedo ha sido un poderoso motor de la sociedad y nunca tanto como ahora vivimos en su generación, construcción y distribución.

¿Qué tienen de positivos los riesgos? ¿Cómo es posible lo social en la sociedad del riesgo?⁴ Sin duda han terminado por generar grupos de conciencia social frente a ciertas problemáticas sociales, ambientales y económicas. Pero poco más, por en esta modernidad el proletariado pierde toda dimensión como sujeto político para ser parte de un enorme conglomerado homogéneo de afectados por el riesgo, los riesgo presentes y futuros. Porque la conciencia ante el riesgo no significa la transformación de la actividad política, por el contrario, gran parte de la posible conciencia se convierte en lo social en un alejamiento de las formas políticas de transformación. Un pesimismo que tiene pocos visos de tener una solución directa, fácil y rápida, porque en este sentido toda forma de utopía en la sociedad del riesgo esta en relación con una *distopia* de las ideas. Qué queda. Poca cosa; acaso no intentar estar en contra, no hacer política de la denuncia fácil y no verse como un fracasado de as estrategias personales, aunque el creciente individualismo impuesto nos aconseje la rendición. El secreto final se obtiene de la propia sociedad del riesgo, ya que esta que proporciona un espacio para la hermenéutica particular y la transformación de una cierta alquimia ontológica: un meta-modelo basado en el camaleón que permanente se adapta para buscar las preguntas más impertinentes. O acaso hay alguien a estas alturas que dude que el riesgo mundial no es otro que nosotros como sociedad, como especie, como humanos.

Bibliografía

ALFIERI, C (2006), "Ulrich Beck: «Mi cosmopolitismo es realista, autocrítico, incluso escéptico»", en Revista de Occidente, 296: 109-118.

- BECK, U (2002), "Libertad o capitalismo: el incierto futuro del trabajo", en El País.
- BECK, U., (2000), Libertad o capitalismo: conversaciones con Johannes Willms. Barcelo: Paidós.
- DANIELL, M.F, (2000), World of Risk: next generation strategy for a volatile era. Singapore: John Wiley y Sons.
- HERNÁNDEZ I DOBON, F.J, (2010) "Ulrich Beck y el realismo cosmopolita", en http://www.uv.es/~fjhernan/Textos/soc_educacio/sepfi.pdf (09/06/10). Darryl S. L. Jarvis, 2010, "Theorizing Risk: Ulrich Beck, Globalization and the Rise of the Risk Society", en <http://www.risk-and-regulation.com/wp-content/uploads/2010/05/RR3-Beck.pdf> (29/01/11).
- LEISS, W (1997), "Comentario a la obra del Ulrich Beck: sociedad del riesgo, hacia una nueva modernidad", en Polis. Investigación y Análisis Sociopolítico y Psicosocial, 97: 197-203. Anthony Elliott, 2002, "Beck's Sociology of Risk: A Critical Assessment", en Sociology, 36, 2: 293-215. Nelson Paulus, 2004, "Del concepto de riesgo: Conceptualización del riesgo en Luhmann y Beck", en Revista Mad, 10: 1-9.
- MAGALLÓN, R (2008), "Entrevista a Ulrich Beck. Globalidad y Cosmopolitismo", en Revista Internacional De Sociología, LXVI, 49: 219-224.
- TAYLOR-GOOBY, P; ZINN, J.O (Edits.), (2006), Risk in Social Science. Oxford: Oxford University Press.
- TULLOCH. J; LUPTON, D, (2005), Risk and Everyday Life. London: Sage. Deborah Lupton, 2005, Risk and Sociocultural Theory: New directions and perspectives. Cambridge: Cambridge University Press

¹ Nacido en 1944, director del Instituto de Sociología de la Universidad Ludwig-Maximilian de Munich y profesor en la London School of Economics, cursó estudios de Psicología, Sociología, Ciencias Políticas y Filosofía, disciplina en la que se doctoró en 1972 en la Universidad de Munich. Ha dedicado el grueso de su trabajo intelectual a indagar sobre las nuevas configuraciones de la sociedad contemporánea, y ha volcado sus reflexiones en numerosos libros, entre los cuales se cuentan *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad* (1986), *¿Qué es la globalización? Falacias del*

globalismo, respuestas a la globalización (1997), *La democracia y sus enemigos* (1998), *Un nuevo mundo feliz. La precarización del trabajo en la era de la globalización* (2000) o *El Dios personal* (2009). Todos publicados en español por Paidós), *La invención de lo político. Para una teoría de la modernización reflexiva* (1999, FCE) y *La sociedad del riesgo global*. (2002, Siglo XXI). Para seguir su trabajo se puede consultar su propia web: <http://www.ulrichbeck.net-build.net>.

² Sobre el riesgo y en concreto en el contexto de la edición del libro de Beck: Barbara Adam, 1998, *Timescapes of Modernity: The Environment and Invisible Hazards*. London: Routledge. Zygmunt Bauman, 1998, *Globalization: The Human Consequences*. Cambridge: Polity. Zygmunt Bauman, 2000, *Liquid Modernity*. Cambridge: Polity. Mary Douglas; Aaron B. Wildavsky, 1982, *Risk and Culture: An Essay in the Selection of Technical and Environmental Dangers*. Berkeley: University of California Press. Mary Douglas, 1992, *Risk and Blame: Essays in Cultural Theory*. London: Routledge. Richard V. Ericson; Aaron Doyle (Edits.), 2003, *Risk and Morality*. Toronto: University of Toronto Press. Anthony Giddens, 1990, *The Consequences of Modernity*. Cambridge: Polity. Anthony Giddens, 1991, *Modernity and Self-Identity*. Cambridge. Polity. Niklas Luhmann, 1993, *Risk: A Sociological Theory*. New York: Aldine De Gruyter.

³ Timothy McDaniels; J Lawrence J. Axelrod; Paul Slovic, 1995, "Characterizing Perception of Ecological Risk", en *Risk Analysis*, 15. 5: 575-588. Simon Cottle , 1998, "Ulrich Beck, 'Risk Society' and the Media A Catastrophic View?", en *European Journal of Communication*, 13, 1: 5-32. Christian Oltra, 2005, "Modernización ecológica y sociedad del riesgo. Hacia un análisis de las relaciones entre ciencia, medio ambiente y sociedad", en *Papers*, 78: 133-149.

⁴ Una síntesis lúcida, imprscindible e irreverente del tema es la de Alex Burns, 2002, "Confronting The World Risk Society", en *Australian Foresight Institute/Disinformation*. <http://www.alexburns.net/Files/WorldRiskSociety.pdf> (20/10/05). Para mi también ha sido importante el trabajo de Frank Hauser, *Ulrich Beck. Cosmopolitanismo versus globalización*, en la Colección Proxecto Derriba y disponible en <http://proxectoderriba.org>.